

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 16 **EL CUAPO DEL RANCHO K.** 15 cts.



Se le ocurrió el péfido capricho...

EL GUAPO DEL RANCHO K.

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Clases», Vía Layetana, 53. - Barcelona)

I

Los esposos Mollison se miraron consternados al oír a su hija Elena solicitar su permiso para emprender aquel viaje hacia el Oeste, separándose de ellos.

—No os opongáis a este ardiente deseo de todo mi ser—insistió la joven y hermosa muchacha, pues no obedecéis a un capricho, sino a una necesidad de mi alma. ¡Anhelo ver otros países, conocer otras gentes, vivir de un modo distinto, por lo menos durante una corta temporada, a como he vivido hasta hoy!... Además, no voy a una región extraña y peligrosa.

—¡Al Oeste!—exclamó la madre con una especie de horror—. ¡Al país de los nácios, brutales y crueles *cow-boys*! Sólo el cielo sabe los trances y peligros que te amenazarán!

—¡No me explico por qué habláis del Oeste y de los *cow-boys* con ese espanto, queridos papás!—arguyó Elena.

—Las brutalidades y atropellos que cometes con frecuencia esos hombres, todavía primitivos, casi salvajes—intervino el señor Mollison—y de los cuales resultan víctimas jóvenes y hermosas mujeres, justifican todo cuanto se diga de ellos, hija mía...

—Y si accediésemos a tu deseo, tu pobre madre y yo viviríamos de continuo obsesionados por el temor de que te ocurriera una desgracia.

—Pero si voy a pasar una tempo-

rada junto a Alberto, mi hermano, vuestro hijo, a quien ya hace tres años que no hemos visto...

—Porque Alberto—observó el padre con acento severo y adolorido al mismo tiempo—es un ingrato... un *hijo pródigo*...

—¡No quieras tú imitarlo, Elena! ¡No sigas su ejemplo! Su afán de aventuras y su carácter temerario lo separó de nosotros, impulsándolo a hacer un viaje hacia el Oeste...

—Y algún atractivo, algún encanto tendrá ese país y las gentes que lo habitan cuando Alberto, que aquí, en el Este, llevaba una vida tan lujosa, tan holgada y fácil, teniendo siempre a su disposición cuanto dinero quería, ha fijado allí su residencia, es dueño de un extenso rancho y no piensa abandonar aquel país... ¿Recordáis lo que decía en su última carta? Yo voy a repetirlo porque se me grabó bien en la memoria, avivando el afán que ya tenía de vivir durante algún tiempo bajo el cielo del Oeste.

«Estos bravos *cow-boys*—dice vuestro hijo y hermano mío—, estos adustos y fuertes hijos del desierto, son algo calumniados... Se les tiene por sucios y no lo son, porque van llenos de polvo, pero el polvo del desierto es limpio...

«Se les tiene por sanguinarios y brutales porque son bravos y con frecuencia sus odios y rencores los dirimen a tiro limpio, haciéndose ellos mismos la ley y la justicia,

«Yo conviví entre estos hombres del Oeste, audaces y enérgicos, llenos de fuego y de energía, mejor que entre los refinados y remilgados hombres del Este...

Sonriendo de esa hermosa manera que sólo se tiene en la juventud, Elena Mollison añadió tras una breve pausa:

—Yo quiero comprobar la verdad o la exageración con que se expresa Alberto de ese extraño país y de sus rudos moradores! — ¡Papás queridos, sed complacientes en esta ocasión conmigo — no disgustéis a vuestra *muñequilla*!

Este era el nombre cariñoso con que solía llamar el rico negociante, con acento vibrante de ternura, a Elena.

—Vosotros—añadió ésta—vais a emprender un viaje de recreo por Europa, ¿no es eso?

—Ciertos! Pero pensábamos llevarlo con nosotros—respondió el señor Mollison.

—Y yo os habría rogado cien veces, si hubiera sido necesario, que no me obligaseis a ver países extraños hacia los cuales no siento el

menor interés. Os habría suplicado que me dejaseis en América y vosotros tal vez habríais prescindido de ese largo viaje de recreo, sacrificándoos, ¿no es verdad?

—Probablemente, hija mía, así hubiesen ocurrido las cosas—corroboró el padre.

—Pues he aquí que yo os brindo la mejor solución a nuestras dispares aficiones. Vosotros, papás queridos, marchad a Europa. Yo me quedo en el país nativo, pero bajo otro cielo del que me vió nacer, en compañía de Alberto, a quien tanto queremos todos. ¿Aceptado?

Con los ojos arrasados de lágrimas la madre y muy emocionado el padre, acabaron por consentir...

Y tan bulliciosa, intensa y grande alegría produjo en la bellísima Elena el permiso obtenido, que los autores de sus días, viéndola tan dichosa y contenta, acabaron por alegrarse también con toda su alma.

—*Muñequilla* mía!—exclamó el señor Mollison, abrazándola.

—¡Luz de mi vida, tesoro de mi corazón!—balbuceó la madre, comiéndose a besos el hechicero rostro de la muchacha.

II

Al día siguiente el tren que llevaba al Oeste cruzando extensas soledades donde no se veía ni rastro de seres humanos, salvando montañas en cuya cumbre se recuestan las nieves y bordeando bosques inmensos en donde muy pocas veces resuena la voz del hombre, llevaba a Elena Mollison.

Eran las diez de la noche cuando la joven, llegada al término de su viaje, descendió en una pequeña y solitaria estación, y no viendo sus ojos a nadie en el andén esperan-

dola, invadió su corazón una vaga inquietud.

Horas antes de emprender aquel viaje habían enviado un telegrama a su hermano, anunciándole su llegada aquella noche.

La guapa viajera cogió su maleta y su maletín y encaminóse con paso firme y decidido hacia la sala de espera.

Dos empleados ferroviarios conversaban de pie en un rincón, y la joven, luego de vacilar unos instantes, en vez de interrogarlos, como



... los dos jóvenes permanecieron expectantes...

era su intención, sentóse en un banco...

Quizás su hermano se había retrasado algo y estaba a punto de llegar.

Españaría media hora y si en ese corto plazo no aparecía Alberto, entonces se haría acompañar al pequeño pueblo cuyas luces brillaban en la oscuridad de la noche.

Los acordes de una música cercana llegaron de pronto a los oídos de la viajera, haciéndola pensar que a no mucha distancia las ardientes gentes del Oeste se estaban divirtiendo.

Transcurrió casi una hora y cuando Elena se disponía a abandonar la estación, acompañada de un guía, por supuesto, entró en la estancia un hombre de elevada y arrogante figura, vestido a la usanza de los *cow-boys*.

El recién llegado, de rostro cobreado, o mejor dicho, curtido por la intemperie, miró unos instantes a Elena con ojos relampagueantes de admiración y asombro, luego quitóse el ancho sombrero, dejando al descubierto una enmarañada y abundante cabellera, y pasóse una mano por la frente.

Parecía vacilar, parecía que no se atreviese a llevar a cabo la idea que por su mente cruzaba.

Por fin, viendo que la hermosa viajera hacia ademán de dirigirse hacia el despacho del telegrafista, le salió al paso.

—¿Qué desea la señora?—la preguntó—. ¡Soy hombre de confianza! ¡Todo el mundo conoce a Jack el Centauro, y todo el mundo lo quiere y lo respeta!

Elena examinó al desconocido. Sus facciones angostas y severas no carecían de cierta belleza, su actitud era altiva, pero respetuosa.

Como no era timorata, como no asoló su mente ninguna sospecha ni ningún temor, respondió:

—¿Quisiera alojamiento por esta noche? ¿Está muy lejos de la estación algún poblado?

—No, señora. A doscientos pasos. Yo mismo la acompañaré con mucho gusto.

La distancia era harto breve, el aspecto del guía no infundía recelo y además el rumor de cercanas y alegres risas, de los acordes de la música y fuertes vociferaciones había ahuyentado de Elena todo temor.

Acompañada, pues, del *cow-boy*, que antes de salir de la sala de espera dirigió con la mano un silencioso y amistoso saludo a un empleado de la estación, al que éste correspondió con un cariñoso: «Buenas noches, Centauro», la linda hija de Molises entró el estrecho camino que llevaba al pueblo.

Pocos minutos después se detenía ante una casa de modesta apariencia, situada en una plaza.

Rudos golpes dados a la puerta por el fuerte puño del *cow-boy*, turbaron el silencio nocturno y el sosiego de los habitantes de aquella sencilla morada.

Dentro preguntó una voz:

—¿Quién va?

—¡Yo, el Centauro, abrid! —ordenó con imperio el *cow-boy*.

Abrióse la puerta y a la luz de una lamparilla eléctrica los ávidos ojos de Elena divisaron un rostro

de hombre algo entrado en años que tenía un no sé qué de bondad y dulzura.

Si alguna desconfianza hubiera suscitado en Elena su guía, de seguro la habría desvanecido el nuevo personaje que tenía delante, y que con voz afable los invitaba a entrar.

Encontróse en un patio, y de pronto la ruda voz del *cow-boy* la dijo:

—Espere usted aquí!

Elena obedeció; mejor dicho, no fue ella; fué la mujer, balbuciente desde el comienzo del mundo a doblegarse ante la voluntad del hombre cuando esa voluntad es expresada de un modo categórico y rotundo, quien obedeció en aquel momento. Porque la hermosa viajera era demasiado valiente, demasiado digna y altiva para soportar un trato tan despótico.

Sin embargo, no quiso exteriorizar su indignación y vio como el *cow-boy* y el dueño de aquella morada desaparecían por una puerta lateral.

Sigámoslos y oigamos lo que hablan, o mejor dicho, lo que a bocafarfo dice a su interlocutor el *Centaurio*:

—Padre Damián, la mujer que acaba de venir conmigo será dentro de unos momentos mi esposa! ¡No me haga usted ninguna observación, no intente disuadirme de mi propósito inútilmente! ¡Es la joven más bella y codiciable que han visto mis ojos!

—Pero... ¿la conoce?

—Hace media hora la han visto mis ojos por vez primera, en la estación.

—Sin embargo.

—Usted va a casarnos, ahora mismo... No se liegue, porque sería yo capaz de abrazarle a usted los sesos. Nada más largo que decirle... Voy por mi novia.

El extraño y terrible *cow-boy* regresó, pues, junto a Elena y la invitó:

—Venga usted conmigo. ¿Cómo se llama usted?

—Elena Morrison — respondió la viajera.

Entonces ocurrió algo insólito.

El *cow-boy* retrocedió un paso, con el semblante torcido y como espantado, y balbuceó:

—¿Usted es... Elena Morrison?

—Sí; pero, ¿por qué le causa tanto efecto mi nombre?

Pasóse el *cow-boy* una mano por la frente y luego pareció recobrar el dominio sobre sí mismo.

—¿Tiene usted un hermano llamado Alberto, verdad?

Un grito de alegría salió de los rojos labios de la linda joven, y al mismo tiempo, juntando las manos exclamó:

—¡Dios mío, qué feliz casualidad! ¿Conoce usted a mi querido hermano?

—Sí, señorita; y además lo quiero y lo respeto. Es uno de los hombres más nobles y bondadosos que puedan existir.

—¿Hace mucho tiempo que no lo ha visto usted?

—Quince días.

—¡Ay! ¡Tengo el alma llena de angustias y sobresaltos!

—¿Por qué, señorita?

—Es muy extraño que mi hermano no estuviera en la estación donde me encontró usted.

—No piense usted nada malo por ello, señorita. Yo sé que hoy mismo su hermano disfrutaba de una salud perfecta.

—¡Loado sea el cielo!—exclamó Elena levantando sus ojos a lo alto— Entonces lo abrazaré mañana, si es que el rancho de que es propietario no está muy lejos.

—No lo está; pero, sin embargo, yo la aconsejo que aplaze usted su viaje hasta mañana...

—Entonces querrá usted, apenas amanezca, ser mi guía?

—¿Yo? ¡No, señorita!

Hondamente extrañada por la respuesta que obtenía su ruego, Elena Morrison balbuceó:

—¿No? ¿Qué se lo impide?

—Un hombre tan despreciable y vil como yo — declaró el *Centaurio* con acento sombrío —, no es digno de tan alto honor.

—Dios mío! ¿Qué dice usted?

—Por desgracia, una triste verdad. Le está hablando a usted el ser más despreciable del Oeste, un hombre que no tiene en el corazón ni una chispa de dignidad y honradez.

Casi asustada, la hermosa viajera no pudo menos de exclamar:

—Pero si se acusa usted a sí mismo con tanta franqueza, es porque en el fondo de su naturaleza hay un algo de bueno y de noble, algo que no está todavía empujado por el mal.

—¿Se equivoca usted, señorita? ... ¡Yo soy un hombre malo!

—Sin embargo, esta noche se ha comportado usted conmigo de un modo cortés y amable, me ha dado sobre mi hermano noticias que han tranquilizado mi espíritu y yo me acordaré de usted con gratitud.

—No, señorita! Usted se expresa de ese modo porque ignora mis intenciones.

—¿Sus intenciones?

—Sí.

—Santo cielo, ¿qué debo pensar?

—Usted debe creer mis palabras y pensar de mí con el horror con que se juzga a un ser infame y envilecido... ¡Adiós, señorita! Quizás no nos veamos nunca y no quisiera separarme de usted sin obtener su perdón.

Era tan humilde, tan sincero y tan suplicante el acento de aquel arrogante y rudo *cow-boy*, que Elena, al mismo tiempo conmovida y estupefacta, balbuceó:

—¿Qué le he de perdonar a usted?

—El mal que he querido hacerla!

—¡Oh, conseguirá usted espantarme!

—No es eso mi anhelo ciertamente. Gracias a un milagro del cielo,

el momento del peligro ha pasado para usted.

Evocó Elena el horrible recuerdo de algunos aplaudios de los que fueron víctimas mujeres hermosas, dignas y ricas, y no pudo menos de estremecerse.

—¿Habría querido aquel sombrío *cow-boy* cometer contra ella algún atropello de esos que claman al cielo?

—¿A qué peligro se refiere usted?—balbucearon sus temblorosos labios, mientras sus ojos miraban las rígidas facciones del *Centaurio*, hermosadas por la desesperación que en ellas se pintaba.

—[Al peligro de ser mi... mujer]

Escapóse un leve grito de horror de la garganta de Elena, e instintivamente retrocedió unos pasos del hijo del desierto.

Este bajó la cabeza, como anonadado y durante unos momentos reinó entre ambos un angustioso silencio.

Jack fué el primero en hacer uso de la palabra, diciendo con acento amargo:

—¿Ve usted, señorita, cómo me hacía justicia yo mismo al decir que soy el ser más despreciable y vil de la tierra?

—Pero... esa infamia... no...

—Acabe usted de expresar su pensamiento, señorita — añadió el *cow-boy* adivinando lo que callaba aquella radiante y maravillosa criatura.

—Esa infamia no tiene perdón, y usted no me perdona. Esa infamia por el contrario merece un castigo.

—¿Cuál? El siguiente...

Con rápido movimiento sacóse el revólver, cuya culata puso en la trémula mano de Elena. El frío contacto del hierro le permitió darse cuenta a ella de los siniestros propósitos de aquel hombre de pasiones tan salvajes e incontenibles, y exclamó horrorizada:

—¿Qué hace usted?

—¡Castigarme! ¡La pena que yo merezco es un balazo en mitad de

este corazón corrompido y odioso! Dispare usted con pulso firme. Nadie le pedirá cuentas. Nadie investigará por qué ha muerto Jack el Centauro. El *sherif* me aborrece y se alegrará al saber mi fin.

Con una triste y compasiva sonrisa, Elena dijo:

— ¡El cielo me guarde de obedecerle a usted! ¡Guárdese su arma y aléjese de mí! ¡Yo le perdono!

Apareció en aquel momento el dueño de la casa y Jack dijo:

—Padre Damián, le encomiendo a usted a la criatura más hermosa y virtuosa que han visto ojos humanos desde el principio del mundo. Ya sabe usted el crimen de que iba yo a hacerla víctima, ciego de pasión.

«Ese crimen lo ha evitado la Providencia.

Entonces advirtió la viajera que se hallaba en presencia de un ministro de Dios y no pudo menos de inquirir:

—¿Luego es verdad que me amenazaba el oprobio de ser la esposa de este... hombre?

—¡Sí, hija mía! — respondió el sacerdote—. Pero en este mundo sólo se cumple la voluntad de Dios.

—¿Y usted hubiera extendido su bendición uniendo dos vidas, sin amor, a la fuerza?

—Yo, señorita, no habría tenido más remedio que obedecer el deseo de este hombre sin preguntar nada ni averiguar nada.

«El me dijo: «¡Va usted a casar-

me ahora mismo, padre Damián, bajo pena de muerte!

«Y tiene la vida tan escaso valor para estos *cow-boys*, habituados a ponerla en peligro desde su infancia, que cuando amenazan a alguien con quitársela, rara vez dejan de cumplir su amenaza...

«Y Jack el Centauro, me apena al decirlo, es de los que nunca han amenazado en vano.

«Sin querer, señorita, he oído el diálogo que ustedes han sostenido, y sé, por lo tanto, la causa y el motivo que han hecho renunciar a este mozo a: «horrendo propósito, y arrepentirse de él.

«Ahora sólo me resta por decirle que en mi honrada morada hallará usted cordial hospitalidad. ¿Quiere usted aceptarla llenando mi corazón de sosiego y alegría?

Elena respondió afirmativamente, y luego, cuando quiso encarsarse con el Centauro, advirtió que éste había desaparecido como una sombra.

Aquella noche, al conciliar el sueño la linda viajera, en cuyo espíritu la aventura que acabamos de referir, dejó una huella indeleble, se preguntaba:

—¿Este u Oeste? ¿Los hombres civilizados y de refinada educación o los apasionados y rudos hijos del desierto?

Habían de pasar unos dos meses antes de que ella pudiera contestar de una manera categórica, concisa y rotunda a esas preguntas.

III

Los dos hermanos cambiaban cordiales abrazos y besos impregnados de ternura, al día siguiente.

El telegrama en que Elena anunciara su llegada lo leyó Alberto una

hora antes, y lleno de inquietud y zozobra se dispuso a hacer averiguaciones en el pueblo de X... respecto de su hermana idolatrada.

El corazón le dio un vuelco quan-



Alberto y su chofer prendieron al malain...

do percibió una gentil y airosa figura de mujer acompañada por el padre Damían.

—¡Es mi hermana! ¡Es Elena! ¡Niña querida y bondadosa!

De regreso en el rancho, su hermano le dijo:

—Aquí, Elena, la vida es más sana, más verdadera, más intensa y hermosa que en el Este. Las gentes

—¡Oh, las gentes son terribles, Alberto!

Y a continuación añadió:

—¡Anoche mismo me convencí! ¿No es verdad, padre Damían?

Este hizo un signo afirmativo y trajo.

—¿Qué le ocurrió, pues, anoche, Elena?

—Una aventura horrenda, que

quizás me estremezca, recordándola, mientras viva.

—Explíquesele usted, padre Damían.



El Centauro se cargó a los espaldas a su rival...

EL GUAPO DEL RAN- CHO K.

Interpretación
del famoso ca-
ballista

BUDDY
ROOSEVELT



A viva fuerza abligó al Centauro...

Obedeció éste, relatando los hechos conforme ocurrieron.

—¡El Centauro! ¡Ese atropello intentó cometer contigo? — exclamó



Por fortuna, la caída no tuvo graves consecuencias...

Alberto con los ojos llameantes de indignación.

—¡No le guardes rencor! — suplicó Elena, radiando seguidamente al pesar y el arrepentimiento del rudo *cow-boy*.

Hondamente afectado y preocupado Alberto, confesó:

—¡Adima es en verdad que haya ocurrido ese porrazo, porque ha abierto un abismo entre ese mozo y yo.

«Precisamente tenía yo mucho interés en buscarlo y nombrar capataz de este rancho. Y cuando he leído el telegrama tuyo me he afirmado en mi propósito. ¡Un hombre de su temple es el que yo necesito aquí, y más estando tú!

—Pues, llámalo.

—Yo no lo podría perdonar...

—¡Bah! — interrumpió Elena—,

Yo le he perdonado ya, y además quería que tú no le guardases rencor.

—Pero, ¿por qué le hace falta un hombre como él y como es él?

—Sería muy largo el referir ambas cosas, hermosa querida. (Ya lo sabrás) De momento sólo te diré que no lejos de mí fuera hay otra, el *Rancho K.*, cuyo dueño es sencillamente abominable...

—Se le conoce con el apodo del *Guapo del Rancho K.*, y en la fanfarronería, la procacidad y la maldad personificadas.

—Se ha rodeado de una recua de sujetos tan despreciables como él.

Pero todos aún temen al *Centauro*. ¿Comprendes?

—Sí, sí, te comprendo y no quiero defraudar los proyectos que tenemos formados; hoy mismo buscaremos al rudo *can-hoy* los dos... Si las palabras no bastan para hacerle aceptar el cargo que le ofrezco, lo convencerán las mías.

Y al día siguiente, Alberto, hallando al *Centauro*, en compañía de un amigo, en estado de embriaguez, lo obligó a la fuerza a subir a su auto.

IV

La presencia de Elena junto a su hermano, su belleza y su elegancia, produjo entre aquellos hombres de costumbres y aficiones tan primitivas una influencia inenarrable.

De todos ellos se apoderó un sentimiento de adoración; todos ellos la obedecían ciegamente estimulados por sus bondadosas palabras y sus dulces sonrisas.

En John Grovell, el *Guapo del Rancho K.*, la juventud y la belleza incomparable de Elena desencadenaron una de esas pasiones, tanto más violentas y arrolladoras cuantas menos esperanzas tiene, el que las padece de verlas saciadas.

Hombre de costumbres depravadas, su finca era un lugar donde con frecuencia se celebraban desenfrenadas orgías, en las que, como se comprende, tomaban parte livianas mujeres.

Cierta día, a una de estas depravadas y perdidas amigas de Grovell, después de una bacanal, ebria de voluptuosidad y semientorpecida, se le ocurrió la maligna idea, el perdido capricho de hacerse il-

lar en brazos de su amante a presencia de Elena, la cual iba a cruzar en el auto conducido por su hermano, cerca del sitio donde aquéllos se encontraban.

—¡A ver si tienes agallas para que me lleven en su coche, por grado o por fuerza, hasta nuestro rancho! —propuso la perversa hembra.

Tan inesperado capricho fué acogido por cuantos lo escucharon con ruidosas señales de entusiasmo.

Y el *Guapo del Rancho K.*, para que su negativa no fuese interpretada como cobardía, levantó a su amante en sus robustos brazos y se encaminó hacia el sitio por donde forzosamente había de pasar el automóvil.

Los sirvientes de Grovell lo escoltaban lanzando fuertes vociferaciones.

El resultado de ese capricho fué un altercado entre el hermano de Elena y aquella horda de bribones, que más que laboriosos y rudos *can-hoy*, eran un hato de aventureros, empleados por Grovell para transportar contrabando de armas

y municiones más allá de la frontera, a la provincia de Sonora, cuyo cabecilla rebelde contra el gobierno de Méjico era antiguo e íntimo amigo del *Grupo del Rancho K*.

A partir de aquel día, las relaciones entre los hombres de Grovell y de Alberto fueron más encaminadas... Todo hacía temer que por el más fútil motivo correría la sangre...

De esta manera, en un continuo sobresalto, transcurrió un mes. El *Centauro* ejercía el cargo de capataz en el rancho de Alberto.

Un atardecer se hallaban los dos hermanos a la entrada de su morada. Jack el *Centauro* se disponía a partir en su caballo con el propósito de pasar parte de la noche al acecho de los manejos de sus enemigos, cuando se acercó corriendo un *cow-boy*, diciendo:

—He sorprendido a Grovell con una docena de hombres escondidos en el bosque de los *Coyotes*. Quizás abrigan la intención de presentarse aquí...

Inmediatamente el *Centauro* dió las disposiciones necesarias.

Sostuvo con los dos hermanos un breve diálogo, y no pudiendo convencerlos de que no presenciaren de cerca la escena que tal vez ocurriría, les hizo prometer que permanecerían en el porche del edificio.

Después fué a armarse con dos revólvers, que se colgó a ambos lados de las caderas, y saliendo fuera, acabó de ultiimar los preparativos para aquella visita.

Tres *cow-boys*, los que más confianza inspiraban al *Centauro* por su bravura, con ademán cachazudo y como indiferente, se habían sentado en un tronco de árbol. Parecían que no les interesaba lo más mínimo lo que ocurría a su alrededor, y parecía, también, que iban desarmados; pero es lo cierto que debajo del chaleco llevaban colgados su revólver a cada lado, y que

a una seña, a una palabra de su capataz, comenzarían a hacer fuego.

Y, parapetados detrás del tronco del árbol a que estaban sentados, utilizándolo a modo de barricada, Dios sólo sabía cuántos enemigos podrían suprimir en un abrir y cerrar de ojos.

Todo estaba, pues, preparado para recibir a tan aborrecidos huéspedes.

Jack les salió al encuentro, diciendo con voz autoritaria:

—¡Que nadie dé un paso más contra mi voluntad! ¿Qué quiere usted, Grovell?

—Se lo diré cuando haya hablado la justicia...

En efecto, mostrando sus broqueles, avanzaron el *sherif* y cuatro delegados de su autoridad.

Lo que alarmó sobremanera a Elena y a su hermano fué que con el *Grupo del Rancho K*, y su cuadrilla viniesen el *sherif* y dos delegados suyos.

Entonces Alberto no fué dueño de contener su indignación y abandonando el porche, donde había quedado su hermana temblorosa y pálida, barruntando el drama que iba a desarrollarse allí, avanzó hacia los recién llegados.

—¿Qué busca usted aquí, *sherif* y por qué viene con esa gente?— preguntó señalando a los hombres de Grovell.

—Es una pura casualidad que esta gente y nosotros hayamos visitado este rancho al mismo tiempo... Yo ignoro qué han venido a hacer aquí ellos... ¿Lo que si sé es la misión que me trae a mí?

—¿Cuál?

—¡La de prender a un criminal!

—¿Un criminal?— inquirió Alberto con rudeza.

—Sí—respondió el *sherif* sonriendo con sarcasmo—. Sabía yo que había congregado usted en esta pampa a hombres muy peligrosos, pero de estos hombres, por ahora, sólo me interesa prender a uno...



El herido fué llevado en auto más allá de la frontera...

—¿A quién? Dígalo usted de una vez!

—A su capataz, a Jack el Centauro.

—¿De qué se le acusa?

Una burlona sonrisa se dibujó en las escuálidas facciones del *sherif*.

—Usted ya sabe, señor Mullson, que el aludido sujeto es un hombre de antecedentes sospechosos. Pero la justicia, si le pide o no le pide cuenta por su turbulenta conducta pasada, no es de mi incumbencia...

—Yo vengo a arrestarlo por la muerte de un vaquero, al servicio de Grovell, ocurrida una noche del mes pasado, el día 7...

Estas palabras estremecieron a Elena. Aquella noche había ella conocido al Centauro en la pequeña y solitaria estación.

A las palabras del *sherif* siguió un murmullo confuso y luego un silencio de expectación. Todas las miradas convergieron hacia el acusado.

El temible y atlético *cow-boy* estaba erguido, con semblante fresco, pero impasible, y con un algo de amenazador en aquella extraña y completa serenidad.

—*Sherif* — dijo Alberto —, yo le doy palabra de que mi capataz comparecerá en su despacho el día y

hora que usted señale. Yo salgo responsable de él...

—¡No acepto su palabra! —repuso aquél con acento glacial—. Ha de venir ahora mismo. Me lo quiero llevar ahora mismo bien amañado.

Una leve palidez invadió las bellas facciones del *cow-boy*, bronceadas por la intemperie.

Con voz que semejaba un rugido de cólera el Centauro exclamó:

—¿Yo, amañado?

Lanzó una carcajada el *sherif*, y añadió:

—¡Naturalmente! ¡No voy a tenerle más consideración que a cualquier otro criminal! ¡Poned las esposas a ese hombre! —ordenó a uno de sus subordinados.

Este echó pie a tierra e hizo ademán de acercarse al Centauro.

Pero en seguida se detuvo, como si lo hubiese clavado en el suelo la voz del *cow-boy* diciendo:

—¡Espera!

Elena desde el porche seguía los incidentes de este drama con los nervios tensos como cuerdas. Recordaba haber aconsejado a aquel indomable y extraño hijo del Oeste que dominase siempre sus pasiones, que el más hermoso triunfo del hombre consistía en vencer los impulsos de ferocidad y de violencia que duermen en el fondo de la naturaleza humana.

Y he aquí que se arrepentía de haber ejercido su influencia en ese sentido... En aquel momento todo su ser anhelaba que el Centauro se mostrase un hombre... en aquella tierra de hombres...

Por eso vibró de júbilo y de orgullo cuando oyó decir al acusado con voz metálica:

—¡Si yo quisiera, ningún hombre nacido bajo este cielo y ni bajo cielo alguno, pondría en estas muñecas unas fieras para llevarme a la cárcel como una res mansa!

*¡Y menos que nadie ese cobarde y rastreo sujeto, bribón e in-

fame cómplice de las fechorías de *sheriffs* borrachos y aventureros!

«En cuanto a tu odio... *sherif*, lo comprendo. En otro tiempo, cuando eras un contrabandista, un ladrón de caballos, temblabas cada vez que mi voz te amenazaba o cuando mis ojos te miraban con enojo... Y estas manos que ahora quieres amañillar, te han abofetecido más de una vez. Crees, por lo tanto, que te ha llegado la hora de la venganza y la quieres aprovechar, calumniándome, atribuyéndome la muerte de un hombre que no me pesa en la conciencia...

Entonces se oyó una voz de mujer:

—¿A qué hora se cometió el crimen de que se acusa a este hombre?

Era Elena quien acababa de hacer la anterior pregunta.

El *sherif* respondió:

—Entre diez y once de la noche!

—En tal caso Jack el *Centauro* no pudo ser el autor del crimen que se le imputa. Yo probaré su inocencia ante la justicia.

El *sherif* meneó la cabeza y sonriendo con sarcasmo, exclamó:

—Difícil empresa se propone usted, señorita. Yo la aconsejo que renuncie a ella... porque habría de demostrar *dónde y con quién* estuvo el *Centauro* a aquella hora.

—¿Estuvo conmigo!

—¿Con usted?

—Sí.

—¿Dónde?

—Lo referiré a la justicia...

—Y no será usted oída... y, además, echará sobre su nombre una mancha de oprobio...

—¡Basta! —rugió el *Centauro*— ¡Esto ha terminado!

Y su voz era una mezcla de alido, de rugido y de canto de guerra salvaje.

—¡Muchachos, alerta! Haced retroceder a esa pandilla. Voy a hablar yo. Usted, señor Alberto, y us-

ted, señorita, retírese hasta el porche. Voy a hablar yo—repitió.

«Escucha, *sherif*, escuchad vosotros también la voz de un hombre.

Se produjo una especie de tumulto entre los hombres del *Guapo del Rancho K.*, el cual se apretó a alejarse todo lo más posible, olfateando lo que allí se iba a armar.

El perverso *trovess* exclamó:

—¡Ha estallado la tempestad!... Pronto caerán unos cuantos patas arriba.

Dos delegados del *sherif* huyeron también al galope, de manera que solamente quedaron frente a frente, el representante de la autoridad con dos de sus subordinados y el *Centauro*.

Este, inclinado hacia adelante, con los brazos rígidos a la altura de las caderas de cada una de las cuales pendía un revólver, aulló:

—¡*Sherif*, oír a tierra! ¡Yo lo mando! ¡Vamos a vernos los dos cara a cara! ¡Quiero ver tu horrible estatura, mezcla de coyote y de chacal! ¡Obedece sin mover un dedo, sin pestañear, pues de lo contrario antes de decir ¡*Jesús*! te mataré como a un perro. Y vuélvete, imitado.

Lívido y desencajado el *sherif*, bajó de su caballo, sus hombres se situaron a su lado.

Elena, que arrastrada mejor que acompañada por su hermano se había refugiado en el porche, tenía sus ojos brillantes clavados en el *Centauro*, mientras que sus blancas manos se sujetaban el pecho...

Vela rapace a aquél, con toda su salvaje y hermosa ferocidad que ya no podía contener ningún poder divino ni humano.

Era una lucha entre hombres primitivos en un país primitivo la que iba a desarrollarse ante sus ojos. Y ella, la mujer delicada y sensible, educada en un ambiente de lujo, molero y sentimentalismo, no se horrorizaba al presenciar un espectáculo de violencia y de sangre, ni siquiera temblaba.

—Escucha, *sherif*. Te has burlado y has escarnecido a una mujer, siendo indigno de besar el suelo que pisan sus pies... a una mujer que todos nosotros obedecemos, queremos y reverenciamos como a un ángel, y esto... ¡fuego del infierno!... ¡Si apenas puedo hablar de rabia!

Era verdad. Echaba espuma por la boca; sus ojos estaban inyectados de sangre; sus manos crispadas asían la culata de los revólvers y con el cuerpo encogido, se acercaba lentamente hacia los tres hombres rígidos como espectros, a quienes dirigía la palabra. Parecía dispuesto a saltar sobre su presa.

—¿Y para qué hablar más?—bramó con una ferocidad inenarrable.—¡Hombres de la ley, empuñad vuestras armas! ¡Hombres de la justicia, sacad vuestros revólvers! ¡El *Centauro* os lo manda! ¡Podría mataros con la rapidez del rayo! ¡Pero quiero que os defendáis!... ¡Obedeced, porque aquí ahora no hay más ley, no hay más justicia que la mía!

—¡Pronto, hijos de perro, defendeos!

Lo que ocurrió después no lo habría podido decir Elena, ni nadie, con exactitud...

Solamente se vió ráfagas de fuego, una humareda, a los que siguieron atronadoras detonaciones.

Y después, silencio, un silencio de muerte.

Cuando el humo se disipó, pudo verse en tierra tres hombres inmóviles, y otro que, sosteniendo en la mano un humeante revólver, se arrastraba por el suelo hacia el porche...

Era el *Centauro*, en cuyo rostro, al ver cerca otro rostro de mujer, de prodigiosa belleza y adolorido, dibujóse una inefable sonrisa.

Y se cerraron los ojos...

...

Trasladado al lecho, se le examinó, encontrándosele en pleno pecho

un balazo; la herida era, pues, grave, y solamente una naturaleza de hierro como la del *Centauro* podía soportarla.

Pero no consistía tan sólo en resistir el balazo y curar de él, la salvación del fiero *cow-boy*.

Se había hecho culpable de la muerte de tres hombres que la ley penaba como otros tantos homicidios a pesar de que más que una rifa, lo ocurrido podía reputarse como un auténtico desafío, entre caballeros, es decir, un lance de honor.

Empero la justicia no opinaría de ese modo, y, por lo tanto, si llegaba a apoderarse del *Centauro*, éste sería condenado a muerte inexorablemente.

Comprenderlo así, el hermano de Elena, que poseía algunas nociones del arte de curar, por haber estudiado la carrera de medicina, hizo a su capataz la primera cura, y luego, convencido de que si permanecía en su rancho una hora más, se presentarían a prenderlo los hombres de la ley, de acuerdo con Elena, decidió trasladarle más allá de la frontera en su veloz automóvil.

Y aquella misma noche, cuando visitó el rancho la caballería americana para apoderarse del indomable Jack, éste se hallaba en camino hacia Méjico, asistido y acompañado por Elena.

...

Dos meses después, en un lecho, yacía un hombre de rostro demacrado, pero que revelaba energía y voluntad de vivir.

A la cabecera de aquel lecho se ve sentada una hermosa criatura...

—¡Jack!—llama una dulce voz.

La misma sonrisa resplandece en aquel semblante demacrado y varonil, la misma sonrisa de aquella trágica tarde.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado?

—Estás fuera de peligro. Dos meses te ha rondado la muerte, Jack!

—Y usted... usted...

—Yo te he cuidado y velado!... Pero no hables, no te fatigas, cuando estés buena...

Y las piadosas manos acariciaban la frente del herido, el cual, apoderándose de una de ellas se la lleva a sus ardorosos labios.

Y eso fué el primer beso de amor, de los miles y miles que habían de darse la bella Elena y el fiero Jack el Centinero.

P I N

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

LOS FALSIFICADORES

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas o intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. — Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

1. EL HURACAN DE TEXAS
2. CONTRA VIENTO Y MAREA
3. EL VALLE DEL MISTERIO
4. EL REY DE LOS JINETES
5. LOS PUÑOS DE TOM TYLER
6. LOS LOBOS DEL FAR-WEST
7. LA LEY DEL TORTAZO
8. EL CULPABLE
9. DE SEÑORITO A VAQUERO
10. EL «GAVILAN DE LA PRADERA»
11. LADRONES DE GANADO
12. EL VALIENTE
13. EL «PIRATA DEL DESIERTO»
14. EL CRIMEN IGNORADO
15. LA LEY DEL REVOLVER

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Coleccionar usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres 188 BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona